

LA NOVELA DE HOY



CUANDO LA LEY LO MANDA

POR CARMEN DE BURGOS "COCOP" LÓPEZ

ESTA OBRA NO
SE PUEDE



W. Fernández
Flórez

acaba de pu-
blicar tres li-
bros intere-
santísimos.

La casa de la lluvia

Per qué te engaña tu marido

El malvado Carabel

5 pesetas volumen

C. I. A. P.

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15

M A D R I D

ADMINISTRACION 1100

LA NOVELA DE HOY

Año XI DIRECTOR: PEDRO SALAS RAMÍREZ Núm. 513

Madrid, 29 de abril de 1932

R-4690-A

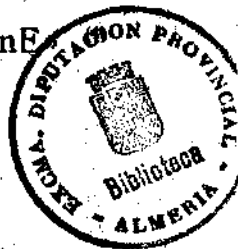
cuando la ley lo manda

novela

por

carmen de burgos «colombinE»

ILUSTRACIONES DE
AUGUSTO



(1) Ahora que no es moda emplear las letras mayúsculas en el lugar donde siempre han ido, yo no quiero prescindir de su belleza arrogante. Las coloco de adorno, detrás de mi nombre, como si fuesen la cola de su vestido.

EDITORIAL ATLANTIDA

LIBRERÍA FERNANDO FE. — Puerta del Sol, 15. — Madrid.

C. I. A. P. — Príncipe de Vergara, 42 y 44. — Apartado 33.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO
PUBLICAREMOS

HISTORIA CLÍNICA

por

JUAN FERRAGUT



ILUSTRACIONES DE
POMAREDA

I

Sentía Luisa el impulso de cantar, desde el momento en que salía del ascensor hasta el de llegar a la puerta de su piso. Temía que cruzar el largo pasillo, tendido como un puente de dos ojos sobre los dos patios que unían a la fachada la parte interior del inmenso edificio, capar para más de cien viviendas.

A pesar del carácter neoyorquino de la construcción, que en nombre del progreso representaba el atraso de hacinar a las gentes, la idiosincrasia madrileña había dado a los interiores el aspecto de las antiguas casas de vecindad. Ya que no podían salir al patio para coser, lavar o peinarse, salían a las ventanas. Las mujeres cruzaban sus parlerías de un lado a otro, armaban peleas y escándalos por si la una cantaba, la otra hacía ruido con la máquina o la de más allá manejaba demasiado fuerte el mortero, o fregaba los platos con estrépito, a la hora de la siesta. Se oían continuas quejas por si la vecina sacudía la alfombrilla sobre la fresquera, o tendía la ropa demasiado chorreando.

A pesar de tener la casa tantos habitantes como una aldea, había vecina que los conocía a todos y estaba enterada de las particularidades de la vida de cada uno.

Veían pasar a Luisa al ir y venir de su oficina, con una especie de rabia y de respeto. Las irritaba el que la joven no les prestara atención, seguras de que, aunque

saludaba amablemente a los que encontraba al paso, lo hacía sin conocerlos. Sentían esa envidia ruin de los seres vulgares hacia las personas más distinguidas.

Luisa vivía con su madre anciana y enferma, a la que mantenía con su trabajo, aunque eso de ir a una oficina no les parecía a muchas que era trabajar.

Las molestaba no tener motivo de morder a la joven, a la que no se le conocían distracciones ni galanteos, y que nunca se detenía a hablar con nadie.

Ni siquiera podían tacharla de orgullosa, pues sus trajes, limpios y cuidados, eran de una gran sencillez. En vez de prestarle adorno lo recibían de su figura elegante y su rostro bello y agraciado.

Instintivamente todas le habían concedido el tratamiento de *señorita* en lugar del *la* o *la seña* que anteponian al nombre de casi todas las otras. La *señorita Luisa* era algo aparte de las demás y parecían aguardar pacientes, con la esperanza de poderla devorar algún día.

A veces ella se había dado cuenta del ambiente que la rodeaba; pero se había sonreído indiferente. No se consideraba mejor ni peor que las otras y solía decir:

—Es que no me queda tiempo de ser mala ni buena.

Su vida estaba sometida a un trabajo feroz. Necesitaba sostener aquel pisito claro y aireado como lo exigía la salud de su madre; ya que a cambio de resignarse con los inconvenientes de la aglomeración, tenía por escaso alquiler la comodidad del baño y la alegría del sol, que reía sobre las plantas de su balcón corrido.

Pero los gastos necesarios para sostenerse las dos decentemente y poder cuidar a su madre, eran mayores que su sueldo de mecanógrafa en el ministerio de Hacienda.

Cuando alcanzó aquel destino se había creído casi archipámpana y millonaria, con su ostentoso título de oficial tercero. Se apresuró a alquilar aquella casita, nueva y alegre, y a traer a su lado a la madre, que

había quedado en la provincia, a cargo de un cuñado, el cual no se tomaba el trabajo de ocultar el malhumor con que la socorría.

Luisa había hecho cuentas y formado planes de vida, según los cuales su sueldo daba para todo. Pero bien pronto las matemáticas no le parecieron una ciencia tan exacta como había creído, al ver qué diferencia existía en las cuentas hechas sobre el papel y las realidades de la vida. A pesar de todas las modificaciones y restricciones que se vió obligada a hacer, todo escaseaba, de manera que tenía que pensar en trabajar.

Intentó muchas cosas: aprender a hacer corsés, fabricar dulces, vestir muñecas. En toda empresa tropezaba con la falta de dinero para desarrollarla. Entonces pensó en algo que no necesitase capital. Un compañero de oficina le proporcionaba traducciones del francés y copias a máquina. Esto le daba lo necesario hasta para vivir con holgura y economizar algo, pero la sujetaba a un trabajo sin descanso ni tregua.

Cuando llegaba de la oficina había de ayudar a los quehaceres domésticos, y luego mecanografiar hasta la noche, para dedicarse después, cuando ya no podía permitirse el ruido de su teclado, a sus traducciones hasta que la rendía el sueño.

Y aquella era su vida un día y otro, y otro. A veces sentía tristeza y desaliento, pero siempre dominaba su carácter animoso. Sabía que su risa era la única riqueza de la casa y lo que hacía feliz a la anciana. El poder verla tranquila y sin carecer de lo necesario recompensaba su esfuerzo.

Desde hacía algún tiempo no se sentía sola en sus veladas. La acompañaba no sabía quién.

A las diez, próximamente, cuando ella comenzaba a traducir, sentía entrar una persona en la casa de al lado; abrir y cerrar puertas, andar de acá para allá, remover muebles durante un cuarto de hora. Después reinaba un silencio prolongado hasta las dos de la mafia-

na. Al acostarse, el débil tabique le hacía oír el ronquido acompasado de un señor que dormía allí, a media vara de ella.

Los primeros días la molestaron los tenaces ronquidos, después le fueron indiferentes, y por último, se habituó a ellos como si fuesen la péndula del reloj, que con su tic tac hace más grata la estancia en soledad y le presta vida.

Pero no se preocupó de saber quien vivía al lado. El tono del ronquido denunciaba a un hombre. Sin saber por qué se lo imaginaba viejo, de aspecto marcial; algo así como un militar retirado. Pensaba que un hombre joven hubiera hecho más ruido despierto y no hubiera roncado dormido.

Ella se sentía amiga del que roncaba, como algo protegida por él. Era no estar sola en medio de aquel pueblo, que formaba la gran casa, tener próxima una persona a quien poder llamar en caso de apuro. Le daba optimismo el sentir al vecino cerca, al alcance de su voz o de un golpe dado en la pared. Pero, al mismo tiempo, experimentaba tal miedo de molestarlo que se acostaba silenciosamente, cuidando hasta de no revolverse en la cama para evitar los crujidos; y se dormía al arrullo de los acompasados ronquidos que llegaban del otro lado de la pared, como se duermen los niños con la monotonía de un canturreo.

II

Se le pasaban los meses sin tener tiempo de visitar sus flores a pesar de lo mucho que las quería. Por for-

tuna eran para la madre una especie de nietecillos, a los que cuidaba con ternura de abuela.

Le daba miedo ver a la buena señora con los balcones abiertos, en verano y en invierno, para cuidar el jardín que habían formado en ellos; pero no se atrevía a negarle aquel único placer.

Doña Dolores se pasaba los días limpiando las plantas del ramaje y de las flores secas. Las podaba y les mullía su colchón de tierra de brezo; hasta les daba sus tónicos de fosfato de hierro mezclados al agua con que las regaba. Por las noches las abrigaba cuidadosamente para librarlas del frío, con toldos que les fabricaba ex profeso.

El único lujo que se permitían las dos mujeres eran sus plantas. Habían formado un verdadero jardín en la especie de galería que daba sobre los solares vecinos. Contemplaban desde la altura de su quinto piso esa gran extensión de terreno llano que ofrece Madrid hacia la parte Sur, desprovista de colinas y de montes. Quedaban a sus pies tejados y chimeneas de las casas cercanas; un paisaje árido, melancólico, con esa tristeza de árboles secos y quemados que fingen las chimeneas. Añoraban allí su vida provinciana, su casita de la huerta de Valencia, entre flores, bañada de sol y próxima al mar. Allí había Luisa aprendido de su madre a conocer todas las familias y variedades de plantas, así como sus diferentes cultivos, sus podas, sus riegos y su recolección.

Muerto el padre, perdida su fortuna, fuera de su tierra querida, obligada a trabajar para vivir conservaba su afición a las plantas. Eran para ella no sólo seres vivos, sino casi humanos. Iba a los grandes viveros, esas especies de pueblos donde las plantas se agrupaban por familias y se las cataloga según descenden de una raza o de un país, como si estuvieran empadronadas.

Pero no podía lograr tener las flores que más le gustaban. Los bellos jazmines blancos no llegaban a pros-

perar. El heliotropo parecía en la sombra, sin poder seguir al astro que lo atraía, sino las breves horas que los otros edificios lo dejaban iluminarlo. Los mismos rosales crecían desmedrados y débiles, dando flores anémicas.

Necesitaba buscar especies resistentes y la desesperaban las plantas como los hibiscos, que se desnudaban de hojas durante el invierno. Doña Dolores las defendía:

—Cree que hay más belleza—le aseguraba—en ver cómo brotan las yemas con la llegada de la Primavera, que en la monotonía y la igualdad de las plantas de hoja permanente. Hay un renacer optimista. Parece que nuestros corazones florecen de nuevo también.

—Sí, madre; pero en Otoño apenas ver aterirse a esas pobres plantas y quedarse como esqueletos. También los corazones se sienten morir con ellas.

Para lograr el huertecito siempre verde y florido tuvieron que recurrir a los geráneos, cuya belleza lozana acabó por cautivarlas.

—Es lástima que no tengan perfume—solía decir la madre, pensando en las noches de la huerta, saturadas de azahar, de claveles y de rosas.

—Yo les encuentro un delicioso olor a hierba—respondía Luisa—. Un olor más hijo de la tierra, menos imitado por los perfumistas y, por lo tanto, más puro y más cercano a la Naturaleza.

Otras veces sostenía el valor de sus pomos rojos, rosas o blancos, frente a las rosas y las camelias.

—Mira, madre, no tienen colores más bellos las otras flores. Fíjate qué variedad de tonos. No hay un rojo igual a otro: carmín carmesí, sangre de toro, majenta, encarnado, colorado, color fuego... Te aseguro que los adoro.

—Pero no tienen la delicadeza de las rosas.

—¿Y no será mayor mérito su fuerza? Son flores aldeanas, sanas. Dan más optimismo. No llevan unida esa



melancolía que nos ha hecho concebir la fragilidad de la rosa.

Tanto se había apasionado en coleccionar geráneos distintos, que recorría los depósitos de plantas buscando los catálogos para conocer las nuevas variedades que se anunciaban cada estación, como los sombreros y las telas en los almacenes de novedades. A veces se afanaba por sembrar majaracas de geráneos, procurar cruces e intentar injertos, con el deseo de hallar alguna flor rara y maravillosa, de un colorido y una forma nueva. Ponía en ello tanto empeño como si de encontrarla fuese a depender su suerte.

—La llevaría a que la catalogaran con tu nombre—le decía a su madre.

Con tantos cuidados sus geráneos crecían frondosos como haces de verdura. Los de enredadera formaban arcos y camaranchónes, salpicados de flores brillantes, que entoldaban toda la galería.

Necesitaba Luisa robar un rato a su sueño para visitar todas las mañanas sus flores. A veces la reprendía doña Dolores, temiendo que cogiese un constipado por andar medio desnuda, mientras se bañaba y se peinaba, desde el balcón al tocador y desde el tocador al balcón.

—Déjeme usted, mamá, que así llevo alegría conmigo para todo el día—suplicaba ella—. Me marchó tan llena de mis flores que luego no me doy cuenta de estar metida entre expedientes. Me parece que la oficina es nuestro antiguo jardín, aunque en los expedientes que estoy obligada a manejar hay más espinas que tenían mis rosales.

III

Mal cubierta su desnudez con un pañolillo, sin corsé, en saya y mangas de camisa, Luisa, azada en mano, se ocupaba en mezclar el nuevo estiércol a los cajones donde arraigaban sus geráneos. Pensaba que, dada la distancia de toda vivienda y la altura de su balcón, no podría verla nadie.

De pronto, al levantar la cabeza, se encontró con un hombre que parecía estar junto a ella, asomado a un estrecho ventanillo que no se abría nunca en la casa cercana, y metiendo la cabeza por entre sus plantas.

Luisa dió un grito y corrió a esconderse.

—Tranquílcese, señorita—oyó decir a una voz con acento marcadamente extranjero—, le aseguro que no miraba más que a las flores.

A pesar de su turbación Luisa no pudo contener la risa, al notar por la disculpa que el intruso había visto más de lo que debía ver.

—Me perdona usted, señorita?—seguía implorando.

Cubierta con la bata roja, roja su cara, encendidos sus labios, volvió a aparecer como una amapola en el verde marco de la galería. Miró al vecino. No debía ser el de los ronquidos, tan joven, alto, rubio, con un tipo del más puro inglés.

—Nada tengo que perdonarle—dijo—; está usted en su derecho asomándose a las ventanas de su casa.

—No, señorita, no me he asomado a mi ventana, me he asomado a la suya. Es tan bello y tan raro ese jar-

día que atrae. Desde que llegué a Madrid no he visto nada semejante.

—¿Es usted inglés?—dijo ella, por decir algo.

—Sí, señorita; pero he nacido en Gibraltar. No sé si esto es ser inglés o español, en el fondo.

—Habla usted muy bien nuestro idioma.

—No, señorita, puesto que me ha conocido usted en seguida el acento inglés.

—¿Hace mucho que vive usted aquí?

—Cinco meses.

—¿Solo?

—No, con otros dos amigos.

—¿Todos ingleses?

—Sí, señorita.

—¿Es extraño!

—¿Por qué, señorita?

No sabía qué contestar, porque no se atrevía a expresar lo ingenuo de su pensamiento: "Porque ninguno ronca con acento inglés".

—Apenas se les nota a ustedes en la vecindad—formuló al fin.

—No paramos en casa, somos todos ocupados, comemos en el restaurante. La portera nos limpia el piso.

—Pero no se les oye hablar.

—Es que mis compañeros llevan más de dos meses en Sevilla. Me han dejado solo.

—Entonces es usted el que... el que... duerme en la habitación de al lado.

—¿Cómo lo sabe usted?

Quería Luisa remediar su nueva imprudencia.

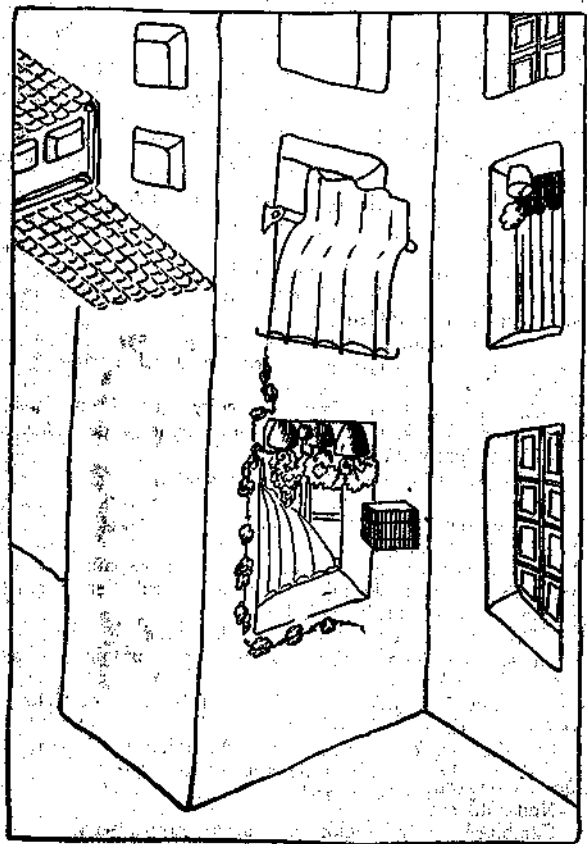
—No sé..., como velo trabajando... algunas noches... lo he... lo he oído dormir.

—¡Ah! Comprendo. Tengo el feo vicio de roncar y acaso la molesto.

—Nada de eso.

—Cambiaré de habitación con algún compañero.

—Me daría usted un disgusto si lo hiciese.



—¿Por qué?

Luisa se sentía tan rabiosa de cometer imprudencia sobre imprudencia que resolvió enfrentar la situación en broma.

—Porque ya me he acostumbrado a oírlo y lejos de molestarme acompaña mi soledad con sus ronquidos —dijo.

El soltó una risa clara, de niño, algo ingenua y clavó en Luisa sus ojos de azuel verdoso, con una mirada tierna.

—Estar bueno que mis ronquidos nos hayan hecho amigos ya, como si hubiésemos hablado mucho y nos conociéramos de antiguo.

—Eso no. Indudablemente sus ronquidos equivalen a una presentación, pero yo lo creía a usted español y viejo.

—Es curioso. Pero ahora me coloca usted en situación difícil. Me dará miedo de dormirme y de roncar.

—No se preocupe.

—Sólo si me promete usted una cosa.

—¿Qué?

—Atrearme para que me calle.

—No comprendo.

—Pues es cosa que he aprendido en España. Se le hace al que ronca lo mismo que a las caballerías para que anden y se queda callado.

—Prefiero dar un golpecito en la pared.

La voz de doña Dolores vino a interrumpir el diálogo.

—Luisita, hija mía, se te ha quedado el café frío y se hace tarde para la oficina.

Los dos tuvieron un momento de huida y de susto y una despedida espontánea de antigua amistad.

—¡Adiós! ¡Hasta luego!

IV

Mientras tomaba el desayuno Luisa le contó a su madre la extraña amistad que acababa de hacer; y se lo contó a dos compañeras de oficina que encontró en el Metro.

Le parecía todo sonriente y alegre aquel día. Tan contenta estaba que al llevarle unas certificaciones que acababa de hacer y en las que había cometido más erratas que de costumbre, le preguntó al jefe si tenía alguna poesía nueva, y se aguantó la lectura de quince sonetos que el buen señor acababa de componer.

Porque don Enrique, el jefe de su departamento, era ante todo un poeta y no dejaba de alternar la poesía con la prosa.

Era en él común improvisar versos y escribirlos al margen de los expedientes que tenía a examen o a la firma.

Enamorado de su composición, la iba llevando de mesa en mesa para que la admiraran sus subalternos, los cuales se las elogiaban siempre.

Pero se daba el caso de que a los dos o tres días de la improvisación don Enrique se acordaba de pronto de que aquellos versos no eran suyos. Los había leído y habían quedado grabados en su subconsciente. Eran de Zorrilla, de Bécquer, de Espronceda o de Balart, que era el más moderno de su repertorio.

Entonces el buen señor mandaba buscar el expediente, a cuyo margen los había escrito; borraba su nombre y escribía en su lugar el del verdadero autor.

No satisfecha con esto su probidad literaria, solía ir de nuevo de mesa en mesa, expediente en mano, explicándoles a todos:

—Estos versos que yo creía míos, son de D. José Zorrilla.

Pero como era bueno, dispuesto a dispensar las faltas y a conceder favores, los empleados le querían todo lo bien que se puede querer a un jefe; como si jefatura y amor fuesen cosas antagónicas. Se burlaban constantemente de él, pero en el fondo lo estimaban y hasta sentían que llegase el momento de jubilarle y de que viniera algún enfatuado a ocupar su puesto.

En cuanto se acababa el trabajo urgente, único que se hacía, las señoritas mecanógrafas iban a colocarse cerca de la ventana para charlar de todas las cosas. Lo bien que se llevaban en aquella oficina todas las empleadas era proverbial en el Ministerio.

Se reunían cinco jóvenes, frescas y graciosas, que iban desde los veinte a los treinta y ocho años. La mayor y la más coqueta era Amelia, huérfana de un magistrado, que conservaba excelentes relaciones sociales y se daba cierto aire de mujer elegante. Su carácter formaba contraste con el de Luisa, y las otras tres se reían de sus controversias.

—¿Por qué no tienes novio?—le preguntaba Amelia.

—Porque no me he enamorado de nadie, y tener relaciones con un hombre sin amor me parece una cosa insoportable.

—No lo creas. Un novio te divertiría.

—No me divierte eso. Tú olvidas que estoy educada en el campo, que soy extraña a la sociedad. No entiendo de coqueterías ni discreteos. Pienso que tengo algo de espíritu de marino, que se hace sincero a fuerza de estar tanto tiempo contemplando el cielo y el mar. Yo estoy siempre sola, mirando al cielo desde lo alto de mi torreón, y soy feliz así.

—¿Y no te gustaría tener un compañero?

—Creo que me molestaría. No puedo sufrir la idea de un señor que entrase de visita en mi casa y no se fuera nunca.

—Pero tendrías con quien conversar, con quien coquetear.

—No tengo tiempo de eso.

—Pues yo tengo media docena de pretendientes y me sobra tiempo para hacerles creer a todos que los amo.

—¿Los engañas?

—No. Cada uno de ellos tiene media docena de muchachas con quienes flirtear. Ni ellos ni yo le damos más importancia a las cosas de la que realmente tienen. Los amores de novela romántica han pasado ya de moda.

—Pues yo te confieso que me he quedado antigua.

—¿Cómo me voy a reír el día que te enamores!—decía Amelia, soltando la carcajada por anticipado.

Rosa y Manuela no tomaban parte en la conversación. A la primera la inquietaban la política y las cuestiones sociales y se entretenía en leer la *Gaceta* mientras discutían sus compañeras.

Encarnación, la más jovencita, solía intervenir.

—Yo estoy rabiando por casarme y tener un bebé.

—¿Habrase visto mocosa! Pensando ya en eso—decía Luisa.

—Es la edad de hacer tonterías—disculpaba Amelia—. El casarse es como el tirarse al baño desde un trampolín: hay que ir de cabeza y sin pensarlo.

—Es que yo lo que quiero—decía Encarnación—es tener un hijo. No deseo esposo sino chicos. Si pudiera tenerlos, sola sería completamente feliz.

—¿Qué tonterías dices!—exclamaban las otras escandalizadas.

Luisa solía añadir:

—A mí no me gustan los niños pequeños, ni los perros ni los gatos.

—¿Pero vas a comparar a los niños con los anima-

les?—exclamaba Encarnación escandalizada de que se ofendiese así su instinto maternal.

—No los comparo, es que me cansan igualmente. Prefero cuidar una maceta a cuidar un niño, porque de la planta sé el fruto que ha de salir, y el niño es una persona cuyo futuro resulta inquietante siempre.

Todas acababan riendo de sus extrañas teorías.

—Lo dice por no dar su brazo a torcer—afirmaba Amelia.— El día que se enamore le parecerá todo diferente.

Pero como la vida de Luisa estaba de acuerdo con sus teorías ya iban prestando fe a sus palabras y solían llamarla "La Valkiria".

Y aquella mañana fué Luisa la que trajo a la palestra la conversación de novios.

—¿Cómo te gustan los hombres?—le preguntó Amelia.

—A mí altos, muy morenos y muy fuertes...

—Vamos, un boxeador!

—No, porque los boxeadores no tienen barbas y a mí me gustan barbudos y que no sean chatos como todos los boxeadores.

—¡Qué horror! ; Con barbas! Los hombres deben estar afeitados. Una barba tiene algo de careta. No parece franco un hombre con barba; da impresión de que oculta algún secreto.

—¡Transige siquiera con el bigote a lo kaiser!

—Eso es antiguo y da un aspecto donjuanesco.

—Y a ti, Encarnación—preguntó Amelia a la pequeña—, ¿te gustan los hombres altos?

—No; me dan impresión de que crecen por estupidez como las calabazas.

—Pues mira que "hombre chiquitín, embustero y bailarín".

—Pregúntale a Rosa, a ver si llegáis a un acuerdo—propuso Luisa.

—Rosa está leyendo la *Gaceta* para instruirse, como de costumbre.

—¿Y Manuela?

—Anda también preocupada con la formación del nuevo Gobierno. Desde que las mujeres se ocupan de política piensan menos en los novios.

Viendo que no lograban ponerse de acuerdo en el tipo, pasaron a discutir el nombre.

—Me gustaría que se llamase Raúl.

—Yo, Adolfo.

—Yo, Artemio.

—¿Qué nombres más cursis! Los que se llaman así debían pedir cuentas a quien les bautizó. Esos nombres influyen en la vida como un maleficio.

—Yo prefiero José o Francisco—intervino, dejando la *Gaceta*, Rosa.

—¿Qué vulgaridad! ¡Todo el mundo se llama así!

Sin llegar tampoco a un acuerdo discutían la profesión.

—Yo lo quisiera militar—dijo Manuela—; pero de caballería, porque parte de mi amor sería para el caballo y la otra parte para el uniforme.

—¿Qué tonterías dices!

—Y tú, Luisa, ¿qué querías?

—Seguramente, jardinero—se adelantó a contestar Rosa.

—Pero dí cómo te gustan los hombres.

—No os burléis.

Se le encendieron las mejillas.

—No sé... Altos..., rubios..., con ojos claros y dulces...

—¿Y con la cabeza cuadrada. ¿No es eso? Un alemán.

—No he dicho tanto.

—Ni lo habrá pensado. No concibo que se pueda amar a un extranjero.

—¿Por qué no?—preguntó a pesar suyo Luisa.

—Porque cuando se hablan distintos idiomas se piensa diferente, y para amarse han de estar de acuerdo los pensamientos.

—¿Y si hablase español?

Todas rieron de la insistencia de la joven.

—Vamos; confiesa que te gusta un extranjero.

—No; no lo creais.

—Habría hecho buen negocio—exclamó la lectora de la *Gaceta*—. Las que tenemos destinos del Estado no nos podemos casar con extranjeros, a no ser que sean ricos.

—¿Por qué?

—Porque la mujer sigue la nacionalidad del marido; dejamos de ser españolas y nos quedamos cesantes.

—Pero yo conozco a muchos hombres casados con extranjeras y no han dejado sus destinos.

—Es que para los hombres es diferente.

—Pues es un absurdo, ahora que nosotras tenemos destinos igual que ellos.

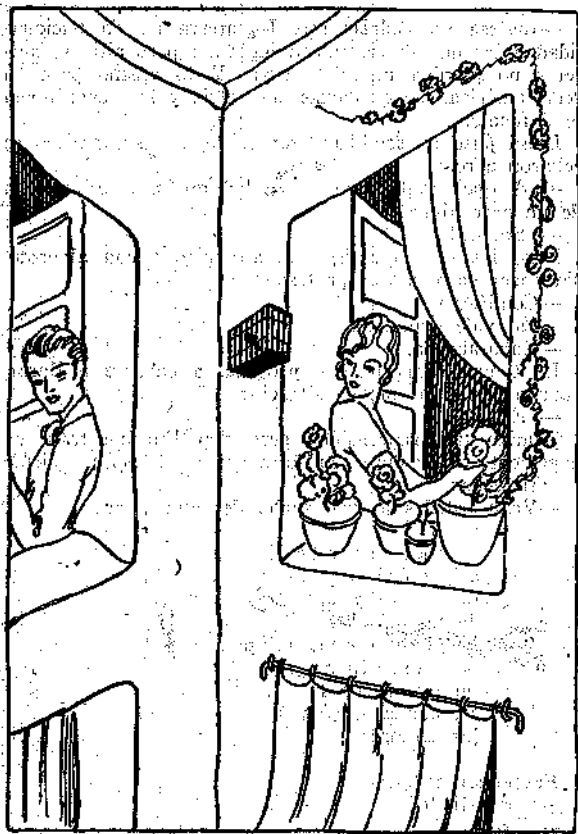
—No tan absurdo—defendió Manuela, apegada a lo antiguo—. La mujer toma los honores del marido lo mismo que llega, por él, a ser condesa o marquesa; es inglesa o rusa.

—Eso es una tentería—exclamó Rosa—. La mujer no es generala ni catedrática por su esposo. Los títulos los toman ellos también de sus mujeres. Precisamente conozco un señor que se casó con un aristócrata, y hasta las cartas las firmaba con el título de la esposa: "Tu hijo, el duque de Río Alegre."

—Y yo conozco otro que está separado de la esposa porque ella tiene un amante; pero él sigue llevando su título.

—En la antigüedad era peor—dijo Manuela, que la echaba de erudita en leyes—, porque las mujeres no participaban sólo de los honores, sino de los castigos del marido. En las Partidas se ordena que la mujer del traidor fuese echada del reino por la traición del marido.

—Pues siendo así—exclamó valientemente Luisa—, lo mismo me daría ser española que inglesa o turca.



—Inglesa no podrías ser. Inglaterra no da nacionalidad a las que se casan con ingleses; pero allí las mujeres no pierden nunca la suya. Y lo mismo pasa en Norteamérica. Te quedarías sin patria y sin tener quien te defendiera.

Luisa puso un semblante tan triste, que sus amigas se echaron a reír.

—¡A que resulta que es verdad que está enamorada de un extranjero!

—¡Yo, no!

Pero las cuatro amigas la apremiaban con alboroto, sin hacer caso de sus protestas:

—Confíesalo.

—No vale ocultarlo.

—Enhorabuena.

La tenían acorralada y próxima a echarse a llorar, cuando Manuela impuso silencio:

—¡El jefe!

Temían una reprensión; pero don Enrique traía un expediente voluminoso en la mano y el aspecto riante y satisfecho:

—Vean ustedes lo que acabo de improvisar:

“Llévo un relicario
colgado al cuello,
tu retrato y un rizo
de tus cabellos.
Y junto a estas reliquias
llevo también colgado
un retrato de la
Santísima Virgen de
los Dolores.”

Palmotearon todas.

—¡Muy lindo!

—¡Precioso!

—Voy a ver si sigo y hago un poema.

—¿Nos dará usted una copia?

—¿Qué duda tiene?

Miró el reloj, y con esa bondad que da la satisfacción, añadió:

—Es cerca de la una. Ya se pueden ustedes marchar.

Con alegría de pájaros a los que se abre la jaula saltaron las cinco jóvenes en busca de los abrigos, los bolsos y los sombreros, que se iban encasquetando escalera abajo, después de darse la mano de polvos para quitar el brillo de la nariz y acentuar unos toquécitos rojos en mejillas y labios.

—Hemos salido hora y media antes. Me voy a ver escaparates.

—Aprovecho para comprar unas cosillas.

—Yo, para dar una vuelta por la Castellana.

—Te acompaño.

—¿Y tú, Luisa?

—A darle a mi madre el alegrón de llegar antes a casa. Hasta mañana.

V.

Ya se vestía y se peinaba todas las mañanas Luisa para ir a regar sus flores. Guillermo estaba asomado desde mucho antes para darle los buenos días. La primera mirada de la joven era para él. Le daba alegría para muchas horas ser su rostro franco, alegre, abierto en una sonrisa confiada. Había algo de infantil y de bueno en la placidez de su expresión y en la mirada clara y luminosa.

Resultaba que Guillermo era tan aficionado a las plantas como ella.

—Me he criado en el campo—le confesó—, y si logro arreglar el asunto que me ha traído a España acabaré mi carrera de ingeniero agrónomo.

—Entonces me dará usted consejos para cuidar bien mis flores—dijo ella—. Ahora, cuando las vea palidecer y amarillear, como niños enfermos, no sufriré ya el tormento de la impotencia, de no saber qué hacer. Recurriré a usted como a un buen doctor.

—Hágalo usted así, que en muchos casos pueden salvarse. Yo llevo a pensar que las plantas son animales que no han acabado su evolución.

—Pero son inteligentes—dijo ella—. Observándolas bien que no sólo respiran, duermen, se nutren y tienen bien se adhierte que no sólo respiran, duermen, se nutren y tienen circulación y secreciones, sino que sienten y quieren.

—Es muy posible. Pero eso me da un poco miedo. ¿Le seré yo simpático a sus plantas de usted?

—Indudablemente.

—¿Por qué lo afirma usted así?

—Porque damos algo de nuestro espíritu a todo lo que nos rodea, y mis plantas deben conocer que somos buenos amigos.

—¿Pero nos vemos tan poco! Ya, hasta mañana.

—Es cierto; pero así y todo, es usted la persona con quien más converso. ¿Tengo tanto que trabajar!

—¿No sale nunca de paseo?

—No... ¿Y usted?

—Poco. Sólo al campo.

—Madrid tiene alrededores tristes.

—Dice usted eso porque, como todos los habitantes de Madrid, no lo conoce bien.

—Eso es cierto. Apenas he visto más que el Retiro y algo del Parque del Oeste.

—Si usted quiere el domingo yo la acompañaré y le

enseñaré a usted rincones de Madrid que no conoce.

—Pero será una vergüenza que un inglés me enseñe Madrid.

—Quizá si se tratase de museos u otros lugares; pero no del campo. Los españoles desdeñan ustedes el campo, por lo general.

—No lo crea usted.

—Vea los hechos. Observe qué tanto por ciento de población sale a pasear al campo, y me dará la razón.

—Porque a muchos les pasa lo que a mí. Les gusta, pero tienen que trabajar.

—Si quiere yo le ayudo un poco y ganamos unas horas para el domingo.

Por mucho que la joven quiso resistirse, Guillermo acabó por convencerla, con la ayuda de doña Dolores, contenta de la amistad del joven.

—Es muy fino y muy simpático—decía—. Y luego estos extranjeros son más educados para tratar mujeres. No están siempre pensando en aventuras y galanteos.

—Eso es porque desde pequeños se acostumbran a convivir con ellas. No sucede como aquí, donde comienzan huyendo de las chicas para luego buscarlas con exceso.

Reconocían ellas que la mayoría de los jóvenes españoles huían de la relación con las muchachas y con señoras, a las que tuviesen que respetar, y sólo se complacían en la sociedad de las mujeres que tratan sin etiqueta y con despotismo.

Guillermo leía el francés y lo traducía sin tener que acudir al diccionario. Dictando él y escribiendo Luisa, la labor de unas horas equivalía a la de toda una jornada. Así, contando con más tiempo, Luisa estudiaba para hacer oposiciones a las plazas de liquidador, con cuyo mayor sueldo podría permitirse algún descanso.

Todos los domingos los pasaban en el campo. Cuan-

do ella se resistía por no dejar a su madre sola, ésta influía para que fuese.

—Esas horas de descanso y aire libre—le aseguraba—te dan luego más fuerza durante toda la semana.

—¿Por qué no vienes tú?

—Me falta agilidad, me canso. Pero es como si fuera, porque te sigo con el pensamiento y luego disfruto de tus descripciones.

Cuando las vecinas los veían salir juntos, había ya sonrisitas maliciosas, solían cruzarse alusiones:

—Vamos a tener boda.

—¡O bautizo!

Guillermo no se fijaba en aquellas malicias, que Luisa recogía casi contenta de que los tomasen por novios, aunque protestaba de que no podía tener cariño más que a los amigos.

—En cuanto vienen con galanteos dejo de estimarlos—había dicho a Guillermo cuando le preguntó si había tenido novio—. Mi ideal se cifra en la amistad, que es el cariño más desinteresado.

Y ahora, al ver que Guillermo no quebrantaba jamás la corrección ni se permitía un piropo, se arrepentía de haber hablado con tanta severidad.

Un día le preguntó ella si tenía novia.

—No la he tenido nunca—dijo él.

—Eso sería increíble en un español—repuso Luisa.

—Pues es cierto. Un novio mancilla siempre a una mujer. Es como la babosa en las flores. Se supone que le ha dicho algo que sólo debía oír del esposo. Yo no he querido dejar esa mala huella en nadie. No he amado a ninguna mujer para pensar en casarme, y no he querido entretenerla.

—Pero tendrá su elegida.

—Quizás.

Luisa se mordió los labios con un sentimiento de rabia y despecho que no era dueña de razonar.

La idea de que Guillermo amase a otra mujer la

molestaba. Cuando él le preguntó qué le sucedía, respondió:

—Tengo celos de usted. La amistad tiene también sus fueros, y cuando usted tenga novia no podremos ya seguir esta vida de compañerismo.

Rió él con una serena candidez.

—No se preocupe. Usted será siempre lo mismo para mí.

Aunque no le satisfacía la respuesta, Luisa tuvo que conformarse. Deseaba ya ser algo más para Guillermo. Sin confesarse que le amaba, sentía un placer en que lo creyeran su novio.

Ya hasta había aguantado las risas y las bromas de todas las compañeras de oficina, sin desmentir la idea de su noviazgo.

—Cásate pronto—le habían dicho—. Sois tan guapos los dos, que tendréis hijos muy hermosos; si os sobra uno me lo dais a mí.

—Es un tipo elegante—confesó Amelia—. Le sentará bien el frac.

VI

De todos sus paseos, el predilecto era el de los Jardines de María Luisa.

Dejaban el tranvía y se internaban en aquella senda, paralela a la carretera, que los llevaba a los jardines del Estado. Aunque éstos eran pequeños, y se extendían a lo largo, en una franja estrecha, estaban tan llenos de poesía y encanto que equivalían a un gran parque.

—Son nuestros jardines—decía él—, porque raramente encontramos a alguien.

Parecía que aquel lugar estaba a cien leguas de Madrid, según lo desconocido que era para la generalidad.

—Realizan, en compendio, todo lo que puede ofrecer de bello la Naturaleza—afirmaba él.

Sin duda lo que más le cautivaba era el embruzamiento, el descuido, la asimetría frondosa, del cultivo meridional, que no recorta, amanebra y afemina a la naturaleza como en los parques nortefios.

—Esto tiene su razón de ser—disculpaba—; al Norte es preciso evitar que las plantas nos quiten el sol y nos guarden la humedad, pero nuestra comodidad mutila a la Naturaleza. En el Sur es distinto, y puede mostrarse con toda su originalidad.

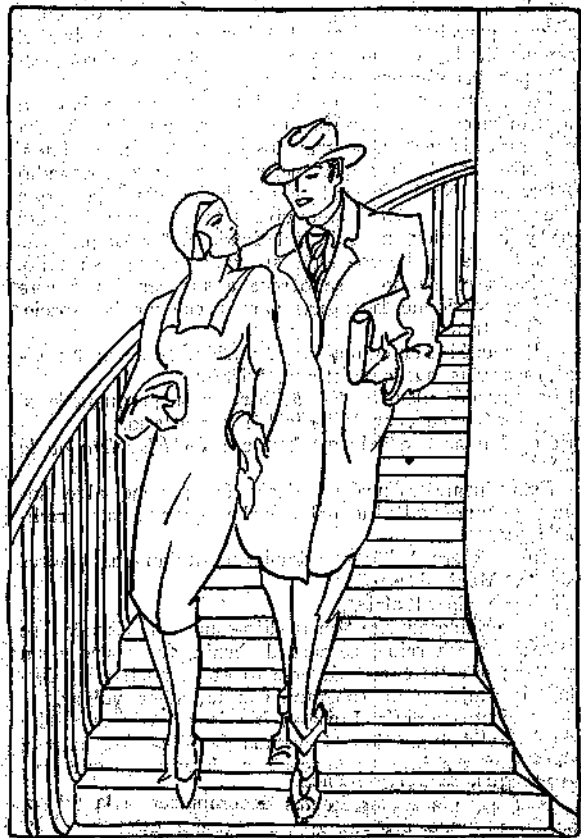
Una vez pasada la puerta se encontraban en la parte más cultivada del jardín. Allí había bojés recortados, platabandas floridas con festones de plantas bordeadoras y macizos dispuestos al estilo de los parques ingleses. Pero en cuanto seguían hacia arriba comenzaban a crecer los árboles mezclados, sin amanebramiento. Los grandes cedros centenarios, los plátanos y las acacias, mezclados con coníferas y con pinos. La orilla del ribazo, cubierta de árboles, arbustos y plantas, ocultaba la tierra y fingía una prolongación del jardín.

De vez en cuando encontraban melancólicas plazoletas, con sus fuentes de piedra en medio, rodeadas de bancos solitarios y de árboles frondosos.

Las habían bautizado ellos. *La Plazoleta del Látigo* llamaban aquella del salto de agua largo y delgado, que parecía la correa de un látigo pronto para azotar el aire.

La Plazoleta de la Taza a la que su fuente era una especie de copa rebosante, de la que parecía derramarse el agua, batida y blanca.

La Plazoleta de los Poetas denominaban a la más romántica, donde dentro de un pequeño estanque, nadaban, ocultándose de vez en cuando, entre los ajomates y



las plantas acuáticas, los graciosos pececillos de colores, que parecían suspirar al beber, y lucían sobre el arranque de la cola una especie de sello metálico, formado por las escamas de oro o de plata.

—Me gusta esta fuente—decía Luisa—porque hay en ella nenúfares, y el nenúfar tiene para mí algo de esa poesía sagrada que encuentran los orientales en los lotos.

—Porque es la flor que mejor sabe amar—respondió Guillermo—. No se reproduce por la semilla lejana que le lleva el viento. El macho vive sobre la superficie del agua y la hembra no sale del fondo del estanque más que una sola noche en toda su vida. Alarga su tallo, llega hasta el esposo y se ofrece a sus caricias. Luego vuelve al fondo de las aguas para perpetuar la especie.

—¿Qué triste!

—¿Por qué? Ha cumplido su misión. Sólo en las vidas fracasadas puede existir la tristeza.

Ella guardó silencio. No se atrevía a preguntarle si era mejor no conocer la felicidad o perderla.

Pero el lugar que más amaban era *La Plazoleta de la Puña*.

—Esta fuente es prócer—decía él—; tiene algo solemne, monumental. Indudablemente, guarda una tradición regia.

—Tal vez era la fuente donde se decían sus amores Godoy y María Luisa.

El joven rió al oírla.

—Es verdaderamente raro—dijo—que en España se poetice así a esa reina, de cara de bruja, fea, torpe y sin grandeza; que no tuvo más mérito que manchar su dignidad de mujer y de soberana con un amor vulgar.

—Es cierto—asentía Luisa—. Yo le tengo cierto odio por su rivalidad con doña Cayetana de Silva. Me indigna verla llevar sus joyas y vencerla en la muerte, que quizás fué un asesinato.

—Pues la duquesa de Alba—decía él—no tiene más mérito sobre la reina que el ser más hermosa.

—Y más romántica.

—No. De románticas no tuvieron nada. Fueron sólo dos grandes bolcheviques.

Luisa no se atrevía a contradecirle; pero sentía la sugestión de los temperamentos apasionados y voluptuosos de las dos mujeres que habían quedado allí. Perduran los espíritus, el de la reina y el de la duquesa, superior en estirpe y en troquel de Rosa a la soberana.

Algunas tardes Luisa tenía el capricho de sentarse a la orilla de la fuente y meter la manos en el agua. Las dejaba allí mientras él leía, traduciendo al castellano alguna obra maestra de la literatura inglesa.

A veces retiraba las manos ateridas, pálidas, con los dedos arrugados y como algo secos.

—¿Por qué hace usted eso?—le decía Guillermo.

—No sé. Mi cuerpo todo siente sed. Me mojaría de buena gana la cabeza y, sobre todo, los pies. Siento un inmenso deseo de meter los pies en el agua y chapotear.

Se quitaba el sombrero para sentir mejor el aire en la raíz del cabello.

—En estos paseos—confesaba—se agudiza todo lo de raíz de planta y de naturaleza de lagarto hay en mí. Quisiera tenderme al sol y sentirme aferrada a la tierra húmeda.

—Yo me siento pájaro—decía él—. Me gustaría volar.

—¿Para irse lejos?

—No; para revolotear entre las ramas de sus cabellos.

Lo miraba ella, esperando que dijese algo más, y lo veía tan sereno y sonriente que llegaba a la indiferencia.

Algunas tardes visitaban el invernadero, cuyas paredes cubrían las hojas de sierra de las chirimoyas, alargando sus raíces desde lo alto de las ramas, como tentáculos, para aferrarse a la tierra.

—Tienen algo de pulpos, de ventosas, para chupar el jugo—decía ella—. Da miedo de que enfermen al globo.

Las palmeras de todas clases he mezclaban, entrelazando sus ramas de diferentes formas.

—¿Cuál le gusta más?—preguntaba Luisa.

—Todas me entristecen—respondía él—. Son prisioneros, anémicos, faltos de desarrollo. Deben sufrir, porque las plantas sienten. Hay algunas que siguen la mirada y se vuelven como las personas hipnotizadas. En el Botánico de Londres vi una que formaba paraguas con sus hojas a la flor cuando amenazaba lluvia.

—Las palmeras son siempre tristes, aun libres—añadía Luisa—. Me causan el efecto de ser un árbol contemplativo, místico: un árbol gótico.

El la oía con placer. Los unía el amor a las flores.

De vez en cuando iban a descansar al merendero de Puertas Verdes, o llegaban hasta el puente de la carretera de El Pardo.

Sentían el vértigo de ver correr tantos automóviles, infectando el aire de humo y de polvo.

—No pueden gozar así el paisaje—decía ella—. Yo no los envidio.

—Envidiarlos no—decía él—; pero me gustaría tenerlo. Sobre todo por usted.

—No comprendo.

—Lo único que me hace sufrir en estos paseos es el trayecto en tranvía. Me gustaría el auto para aislarla a usted de esa multitud procaz y mal educada de hombres que miran sin respeto a toda mujer. Me da la sensación de que todo hombre que acompaña a una mujer en tranvía, en Madrid, tiene algo de marido burlado.

En alguno de sus paseos el clima desapacible de Madrid enfurruñaba el cielo y el viento comenzaba a azotar.

—Hay ríos de viento—aseguraba él—, y corren siempre por el mismo cauce. Aquí debe pasar uno, porque mire como todos los pinos están inclinados hacia allá. A favor de la corriente.

Las rachas de aire ponían un ruido de froufrouar de

matrés entre las ramas, que parecían cantar o quejarse.
—Tal vez cuentan alguna historia antigua—exclamaba ella—. Yo quisiera poder descifrar lo que dicen las hojas y lo que dice el agua. Es seguro que hablan algo que no comprendemos.

Cuando se quejaba de la crudeza de la primavera, él le decía:

—En Madrid no hay primavera. Los montes nevados del Guadarrama nos la roban. Pero el otoño, cuando ya estén desnudos de nieve, resuotará admirable.

—¿Estará usted aquí el otoño?

—No lo sé.

Ella experimentó una gran tristeza y dijo:

—Nunca me habla usted de su familia, de su patria, de su intimidad.

Se ensombreció su rostro de tal modo, que la joven se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras.

—¿Y no cree usted, Luisa—dijo él al fin—, que hay un sufrimiento para mí en no poder decirle a la mujer que amo quién soy yo?

—No comprendo.

—Yo la amo a usted, Luisa—siguió diciendo él con su tono tranquilo, habitual, sin poner emoción en las palabras amorosas—. Pero yo no sé realmente quién soy, y no puedo engañarla a usted.

Tuvo ella un arranque de pasión:

—Y qué me importa a mí quien usted sea, si le amo de todo corazón.

Guillermo palideció intensamente y luego dijo:

—Habljaremos esta noche con doña Dolores. Ahora vamos a entrar en el palacete.

Temblando de emoción e incertidumbre le siguió Luisa. El parecía indiferente de nuevo, y como olvidado de lo que había dicho.

Volvieron a entrar por centésima vez en aquel palacete que conservaba la leyenda de los amores de la gentil y noble duquesa con el pintor aragonés.

—¿Cree usted que una mujer noble puede amar a un hombre inferior?—preguntó él de pronto.

Luisa dudó un momento y luego dijo:

—El que se ama es siempre superior.

—Goya era un genio—dijo él—, un hombre superior; pero Godoy... Hay aberraciones en las mujeres. ¿Verdad, Luisa?

—No comprendo por qué me dice usted eso, Guillermo.

—Ni yo tampoco. Mire usted ese reloj. Es la cosa que más me ha impresionado hasta el presente: Esa hermosa joven, de cuyo brazo sale la sangre, mientras ese hombre, que sin duda hizo la incisión de la sangría, la sostiene solícito y galante. Son el símbolo de la vida en brazos del tiempo. Todos nosotros nos desangramos también. ¿Merece acaso la pena de afanarse tanto?

—No le comprendo a usted hoy, Guillermo. Se lo repito.

—Es que por vez primera siento flaquear mi ánimo para cumplir la misión que me he impuesto. La amo a usted mucho, Luisa.

—Yo también le he confesado que le amo, Guillermo.

—La sabía. Lo había adivinado en sus ojos, en sus palabras; me lo habían dicho sus flores; pero yo no quería oírlo ni verlo.

—¿Por qué?

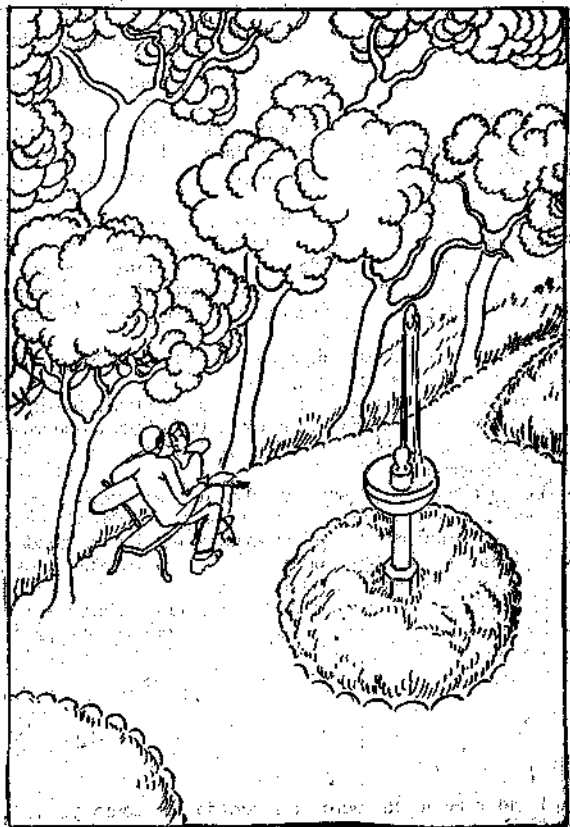
—Acaso la suerte va a separarnos por mucho tiempo, por siempre quizás.

—¿Cómo puede ser posible eso, Guillermo, si usted me quiere?

—Yo no sé quién fué mi padre, Luisa. Hasta averiguarlo no podré entregarme al amor. No seré capaz de hacer sufrir a ninguna mujer esta ansiedad que me consume.

—¿Y no cree usted mejor ser amado así como yo le amo, Guillermo, sin saber quién es ni de dónde viene?

—Ciertamente. Pero yo estoy bajo el influjo de un ma-



leñicio. Es el alma de una muerta que me ha legado la obsesión de toda su vida.

—¿Por qué no me confiesa su secreto, Guillermo? Eso le aliviara.

—Vámonos de aquí—respondió él—; busquemos un lugar más solitario. Yo se lo contaré todo y me dejaré guiar por su inspiración de mujer. La videncia sólo existe en las mujeres.

La cogió del brazo y la arrastró consigo a través de la arboleda. Durante más de media hora caminaron fuera de senderos, en busca de un lugar bastante solitario para su confesión. Al fin se detuvo cerca de la acequia que llevaba el pomposo nombre de "Arroyo de Cantaranas".

—¿Por qué elegir este lugar?—dijo Luisa— Es el sitio predilecto de los suicidas.

—¿No le ha llamado a usted nunca la atención—dijo él—que haya una especie de acuerdo tácito para que todos los suicidas elijan determinados lugares?

—¡Verdaderamente!

—Yo pienso que no son suicidas los que mueren en estos sitios fatales, sino asesinados, víctimas de una influencia rara, quizás de una influencia del lugar, donde los espíritus de los que perecieron antes atraen a los vivos como las sirenas a los marinos.

—No me diga usted eso; me da miedo—exclamó ella.

—No sea niña. Suponga que yo soy un suicida presunto y dígame en confesión.

VII

La infancia que recordaba Guillermo estaba llena de tristezas. Huérfano desde muy niño, no conservaba más recuerdo que el de la madre, buena aldeana inglesa, hacendosa y madruguera, con la que vivía en una casita a orillas del acantilado. Guardaba la impresión de la brisa acre del mar, con su perfume a algas, y del huertecillo, adosado a la tapia, oloroso a yerbabuena, torongil y albahaca.

Cuando murió su madre tenía sólo cinco años, y no podía calcular que hubiera sido de él a no recogerlo su madrina, una señora hidalga, poseedora, desde la muerte de sus hermanos, del mayorazgo y la baronía de Harlove, uno de los primeros nombres de Inglaterra.

A doña Catalina la habían educado desde pequeña inculcándole una alta idea de su nombre y de su raza, para que supiese hacer honor a su posición y a su apellido. El rasgo más saliente de su carácter era el respeto a su linaje, la preocupación de lo que los demás pudiesen pensar de ella.

Por desgracia, el marido que le tocó en suerte se dio buena prisa a mermar su fortuna y a derrocharla alegremente.

Habitaban entonces en su palacio de Londres, y ella supo estar al margen de todas las locuras y devaneos del marido. Refugiada en el cariño de su única hija, se rodeaba de un círculo de damas aristocráticas, de sacerdotes y de personas serias.

Su sola ocupación eran las obras filantrópicas y las

prácticas religiosas. Nadie, en ningún momento, la oyó quejarse de la conducta de su esposo.

Tuvo la suerte de que la sierra le enviase a éste una pulmonía libertadora.

Un poco más tarde la hubiese dejado en la miseria.

Así quedaba su fortuna muy mermada; pero con su gran fuerza de voluntad podía continuar velando por el decoro del nombre.

Menos orgullosa, doña Catalina hubiera podido rehacer su fortuna vendiendo su casa de campo o su palacio de la corte; pero ella no concebía deshacerse de sus fincas solariegas, ni verlas profanadas por inquilinos.

Comenzó por cerrar el palacio de Londres, ya que no podía tener criados para su sostenimiento. Dentro de él se apolillaban alfombras y cortinajes, sin que se abriesen jamás sus ventanas.

Desde la muerte de su hija, débil y frágil muchacha, más parecida al padre, doña Catalina no había vuelto a Irlanda más que una sola vez, precisamente cuando murió Martina, la madre de Guillermo.

Fue entonces cuando la señora lo llevó consigo; a la finca Escocia, de donde ella no había vuelto a salir.

Era aquella finca la que daba para su sostenimiento. Tenía grandes azas de pan llevar, y extensos terrenos para riciales, propicios a la cría del ganado.

El cortijo estaba aislado. Era una gran casa de labranza, con trojes, pajarés y corrales. Al lado estaban las habitaciones de los señores, y una ermita, detrás de la cual, en un pequeño cementerio, reposaban los restos de los nobles antepasados de doña Catalina, último vástago de la ilustre familia de Harlave.

Ella sabía seguir haciendo siempre papel de gran dama.

Tenía su director espiritual, que iba a rezar los oficios en la capilla del cortijo todos los domingos y escu-

doña Catalina ejercía su protectorado, sin mucho costo su confesión.

to, sobre los labriegos del contorno. Ella tenía el secreto de un colirio para los ojos, un unguento para los granos y unos aceites para heridas y quemaduras.

Hacia don de ellos a los necesitados, que acudían a implorarla en sus enfermedades y accidentes. Les daba consejos y recomendaciones, cuando los habían de menester. Era la madrina, por poderes, de las chicas que se casaban y de los niños que nacían. Pero todo a distancia, en la sombra. Apenas la veían en las grandes fiestas, cuando había función religiosa en la iglesita. Pasaba solemne, enlutada, pero luciendo brillantes y alhajas de familia, para ir a arrodillarse en su reclinatorio. Su paso tenía algo de reina. Sonreía y saludaba a los que se inclinaban ante ella, sugestionando con su empaque de grandeza.

Y en la intimidad era lo mismo. Ni amigas ni criadas gozaban de su confianza. No se sabía qué quería ni qué pensaba.

Al niño lo dejaba correr libre todo el día por el campo, sin preocuparse de él.

De noche le hacía ir al salón para rezar el rosario, que dirigía ella misma, sin hacerle gracia de su innumerable continuación de salves, estaciones y letanía. Toda la servidumbre tenía que acompañarla en esa práctica piadosa.

El niño estaba deseando escapar para irse con criados y labriegos, al lado del fogón, donde crepitaban los resecos abulagos y los olorosos tomillos. Le gustaba oír sus conversaciones, cuentos y chascarrillos, pero pocas veces lo conseguía.

El padre espiritual le había proporcionado a doña Catalina un administrador, que era a la vez el director de la casa. Don Andrés era un pastor tan dúctil y adulator para la dama como déspota y severo con todos los que creía inferiores.

Extremaba sus rigores con el niño. No lo dejaba salir a jugar, ni andar entre la servidumbre. Lo conde-

naba, no sólo a los palcos y a las curvas, y a recitar de memoria la tabla de multiplicar, sino a aprender latín.

Por su causa le regañaba diariamente su madrina y lo castigaba a cenar sin postre o a acostarse sin luz.

Y fué por consejo de don Andrés por lo que lo habían llevado a estudiar a Londres.

El se moría de tristeza, pero lo prefería a tener que soportar la persecución del pastor.

Añoraba el cielo azul de Andalucía, la soberbia majestad de los altos montes de la Sierra Nevada, su campiña riente y su plácida vida aldeana.

Le pesaba, como un vestido que oprimiese su cuerpo, aquel edificio tétrico y solemne, encarnación en piedra del espíritu despótico y soberbio de su fundador. Sentía frío de cementerio dentro de las habitaciones, de anchos muros, que tenían algo de nichos. Lo molestaba hasta la misma riqueza, la misma magnificencia, el mismo arte. No había dejado de tener frío ni un solo día desde que entró allí.

Su tristeza lo impulsaba al estudio. Deseaba saber, comprender. Devoraba los libros y tenía así encantados a los maestros. Sólo un año, el cuarto de los seis pasados, allí, había ido quince días a Irlanda, por Navidad.

Pudo notar entonces cómo don Andrés lo separaba de su madrina. Apenas la dejó verlo.

Ella estaba más envejecida, más gorda, con todo el cabello blanco; pero atenta siempre a su papel de gran dama.

La Nochebuena repartió generosa grandes raciones de aceite, mantecados y espinazos de cerdo, a las pandillas de aguinalderos, que llegaban de lugares distantes a cantar en la puerta los villancicos.

Quizás era Guillermo el único que se apoderaba de la poesía de aquellas escenas.

Llegaban en silencio las pandillas, entre el viento y la oscuridad de la noche, hasta situarse cerca de la puer-



ta y estallar violentamente en un gran estruendo y algarabía.

Tocaban zambombas, guitarras, panderetas, castañuelas y hasta sartenes y almireces.

Cuando se abría la puerta entraba en la gran cocina, de arco, toda aquella gente, alegre y medio helada, que llevaban los zapatos quitados para no estropearlos entre los pedregales.

Guillermo pensaba qué hermoso hubiera sido todo aquello sin don Andrés, pudiendo corretear libremente por el campo, echar a boleo la semilla detrás del arado y trillar en la parva, aspirando el aire y tonificante polvillo de la mies madura.

Pero, esclavitud por esclavitud, prefería estar en el Colegio, cuya gran biblioteca lo consolaba, y donde encontraba el cariño de sus compañeros y maestros.

Una mañana, el maestro le había dicho:

—Tu madrina está muy grave, corre a su lado, que no te detenga nadie ni nada para llegar pronto. Es preciso que la veas viva. Va en ello la felicidad de toda tu vida.

Y él había obedecido. Salió precipitadamente, no se detuvo en Londres, se sentía preso de una gran tristeza, de un deseo enorme de llegar al lado de doña Catalina. Se daba cuenta de lo mucho que quería a su madrina, aunque la severidad de ésta ahogase la expansión de su alma. En aquellos momentos hubiera hecho todos los sacrificios por salvarla.

Cuando cambió el paisaje, dando a conocer que no es arbitraria la división de la tierra en regiones, respiró más a gusto.

Sentía una ansiedad cruel por saber de su madrina. Deseaba poder detener la muerte hasta verla, siquiera una vez. No sabía por qué el profesor le había dicho que de eso dependía su porvenir. ¿Qué situación sería la suya, al perder su protectora y quedarse solo en el mundo?

Recordaba con cierto rencor su infancia abandonada. Nadie había hablado con él en su lenguaje de niño. Apenas sabía el nombre de sus padres por los documentos necesarios a sus matriculas. Sabía que debieron ser modestos servidores de doña Catalina, pero no conocía ningún detalle de su vida ni de su familia.

No se detuvo más que el tiempo preciso para alquilar un caballo y partir hacia el castillo, en cuyas inmediaciones vivía su madrina.

Nunca lo había desesperado como entonces la calma andaluza, el reposo moro, con que realizaban todas las cosas.

Tampoco era arbitraria la separación de razas. Veía aquellos hombres, altos, enjutos, tallados en nervios, de movimientos ponderados y lentos, tan apegados a la tradición, y aquellas mujeres que conservaban el aspecto de curiosidad de los evadidos de una prisión donde no hubiesen visto la luz durante muchos años.

Las viejas miraban interrogando. Las jóvenes, con ojos ansiosos, ojos de quien espera, de quien reconcentra todo su user y todo su ardor en una aspiración única. Eran como depósitos de sensualidad y deseos, acumulados, que una reserva cuidadosa guardaba para el elegido. Tenía su pureza importancia de diamante de la corona.

Galopaba por medio de la fértil vega, sin reparar ya en nada y sin que el magnífico panorama lo dominase. Su idea fija era llegar, llegar a tiempo.

Así penetró en la propiedad de su madrina. Lo acogía un silencio desaccostumbrado.

Los labriegos debían estar alerta y los mastines encerrados para que no molestasen con sus ladridos a la enferma.

Echaba de menos como una música aquel concierto discordante de los ladridos amenazadores que acogían la llegada al cortijo. Aquel ladrido de "Alerta", prolongado por el eco de cortijo a cortijo, como primitiva idea de

la transmisión de las noticias entre los hombres, y precursor de telégrafos y radio.

Así que llegó echó pie a tierra. Entró en la gran cocina, donde la vieja Margarita, que atizaba la lumbre, se asustó al verlo, como si contemplara una aparición, y exclamó santiguándose:

— ¡Jesús! ¡El señorito!

Era la mujer de confianza del administrador. Tenía ella misma algo de sacerdotal, y era su costumbre comenzar siempre con la invocación a Jesús, y contestar a cuanto se le decía con un "Gracias a Dios".

Lo curioso era que su beaterio no le impidiera abusar de la bebida, llevando como signo de su afición la punta de la nariz, no como el botón rosa de la juventud, sino con el rojo rosetón de los claveles magenta.

Tal vez no era esa su única tara. Con la cobardía agresiva de los aldeanos que "tiran la piedra y esconden la mano", se hablaba, en voz baja de algunos devaneos y de intrigas y denuncias de la beata, que usaba su influencia en el ánimo de la señora para hacer a todos el mal. Fuese cierto o no, la sanción popular la designaba con el nombre de *La Diabla*.

— ¿Cómo está mi madrina? — preguntó Guillermo, sin pararse a responder al saludo.

— Muy malita, gracias a Dios. Voy a avisar a don Andrés su llegada.

— No es menester.

— Sí..., es preciso..., cualquier emoción podría matar a la pobre señora, gracias a Dios.

El la apartó rudamente, sin hacerle caso; atravesó el viejo salón desierto, cuya estera de pleita apagaba el ruido de sus pasos y penetró en la alcoba.

Vió a doña Catalina en el gran lecho de bronce dorado; al que se le habían puesto las colgaduras blancas y los lazos rojos, como la colcha de damasco, con fleco de bellotas, propios de las grandes solemnidades.

Estaba reclinada en los almohadones y envuelta en un manto negro.

Cerca de la cama, don Andrés, con un libro en la mano, la mortificaba con la visión de otra vida, quitándole la esperanza de la presente, que era su deseada.

Una enfermera preparaba el medicamento que le debían de administrar; pero con el poco interés que inspira la salvación de un cuerpo a los que miran por los superiores intereses del alma.

El médico, de pie junto a la puerta, se detuvo al verlo entrar.

La enferma tuvo un movimiento de alegría. La vista del joven obró en ella como un tónico vital. El médico se aproximó de nuevo al lecho.

Don Andrés, desconcertado un momento, recuperó su imperio.

—¡Qué imprudencia llegar así! Puede perjudicarla. Máchate...

—No..., no...—suplicó la enferma—. Estoy viva por esperarlo...; me hace bien verlo... Acércate, hijo mío.

Guillermo venció por vez primera de su vida el respetuoso temor que su madrina le inspiraba, y en vez de besarla la mano, se arrojó en sus brazos, cubriéndola de besos.

El rostro de la anciana resplandecía.

—¡Hijo!... ¡Tarde he gozado este placer!... Perdóname.

—¿De qué, madre mía?

—¡Qué feliz soy de que me quieras!

Su mano reunía las escasas fuerzas vitales para posarse sobre los negros cabellos del muchacho.

Atrajo hacia sí su cabeza, y le dijo al oído:

—¡Yo no soy tu madrina!... Tú no eres hijo de Martina... Tienes más noble origen... Es preciso que lo sepas y que le hagas honor.

La voz le faltaba.

En medio de su sorpresa, Guillermo sentía ansiedad de saber. Miedo de que no le dijese el secreto:

—Eres el hijo de mi hija—dijo con un esfuerzo supremo la enferma.

El médico acudió alarmado. Pero aun tuvo fuerzas doña Catalina para dominar el colapso que la acometía y pudo señalar el bargueño colocado al extremo de la estancia.

—Allí, mi testamento. Tú, mi único heredero... Honra y perpetúa nuestro linaje...

VIII

Muchos días tardó Guillermo en desimpresionarse y darse cuenta de su nueva situación. Se había quedado aturdido de la revelación de su abuela. La lectura del testamento vino a darle la clave del enigma. Doña Catalina le dejaba heredero de sus bienes y de su nombre, mediante un acta de adopción.

Guillermo veía bien claro que no había sido el amor lo que movió a la noble señora, sino el deseo de continuar su nombre. Su revelación obedecía también al sentimiento de orgullo de raza, quizá el único sincero que había tenido en toda su vida.

En cuanto se celebraron los funerales, en los que todos los labriegos del contorno acudieron a llorar por la difunta y cantar sus alabanzas de un modo que recordaba las antiguas plañideras, Guillermo comenzó a ocuparse de sus asuntos con una intuición maravillosa. Don



Andrés tuvo que presentarle sus cuentas y la renuncia de su cargo. Todos querían congratarse con él.

—Jesús—decía la *Diabla*—, nadie tiene idea de lo contenta que estoy en ver que el señorito Guillermo es nuestro amo, gracias a Dios, ya que hemos tenido la pena de perder una señora tan buena, gracias a Dios.

Pero Guillermo no era feliz. Al saber que los que había creído sus padres no lo eran sintió ese profundo dolor que acompaña a toda ilusión que se pierde. Experimentaba una gran tristeza al borrarse de su alma la figura de Marina, a la que había creído su madre. Sabía ahora que Martina y su marido lo prohijaron y lo reconciliaron por mandato de doña Catalina.

—Mi vida debe tener una orientación desde aquí en adelante—se dijo—. Descubrir el nombre de mi padre. Yo no me casaré sin saber antes el verdadero nombre que he de transmitir a mis hijos.

Uno de sus primeros cuidados fué el mandar limpiar su palacio de Londres. Recorrió con encanto sus salones, con olor a vejez, que conservaban todo el sello de una época pasada.

Fué a encerrarse en la biblioteca. Estaban allí el árbol genealógico, los escudos y los pergaminos de la ilustre casa de Harlove. Pero él no quería aquello; quería los otros, *los suyos*.

Buscaba ávidamente en paquetes y cartas para darse cuenta de las amistades de la familia, de las personas de su intimidad, de algún dato que le diese algo de luz.

—Estoy seguro de que mi padre era un gran personaje—pensaba—. Necesito descubrirlo.

Después de muchos meses de revolver legajos polvorientos, roídos por la polilla, y papeles amarillos, con la tinta borrada por el tiempo, tuvo que confesarse vencido. No encontraba nada que le diese luz.

—Mi abuela abandonó este palacio antes de la desgracia de mi madre—dijo—; es pueril buscar aquí datos. Será preciso encontrarlos en Escocia.

Se había pasado todo el invierno en la finca, ocupado en la búsqueda de datos de su linaje y sin lograr encontrar nada.

Había registrado en vano todos los papeles. Buscando algún escondrijo secreto hizo añicos el bargueño donde doña Catalina tenía costumbre de guardar las cosas.

No dejó un mueble ni un rincón donde no hubiese buscado.

Desesperado del poco éxito de sus investigaciones se decidió por la información oral.

Mi abuela era demasiado lista para guardar papeles comprometedores—pensó—; pero yo no tengo más que veinte años. Hay mucha gente que puede recordar los sucesos habidos en mi familia.

Comenzó a mezclarse con los criados como en los días de su infancia y hablar continuamente de su madrina y de la familia de ésta.

Dió reuniones para recibir a los antiguos amigos de la casa y oírles hablar de doña Catalina. Hasta se congreó con los nobles, que lo desdafiaban, apareciendo como un marido posible de sus segundonas.

Su método deductivo acabó por extraviar un poco su fantasía. Era un monomaniaco que sabía ocultar su estado. Cualquiera detalle lo ponía sobre una pista.

Primero averiguó, por un viejo magistrado, el viaje hecho por doña Catalina a Portugal, a poco de viuda. El buen señor conservaba cartas de la señora Harlove, en las que le hablaba del recibimiento que le habían hecho en Lisboa y las atenciones que debía a la corte portuguesa. El mismo rey había celebrado las gracias de Elisita.

—Mi padre debe ser un Braganza—pensó.

No creía a su madre inferior a un monarca.

Entonces se dedicó a coleccionar retratos de la real familia.

Con ellos en la mano se comparaba ante el espejo. Se

encontraba los rasgos de ojos azules y cabellos rubios; pero no tenía aquel blanco lechoso de las razas que comienzan su período degenerativo. Aquella blancura enfermiza que le hacía pensar en la anemia y en la hemofilia. El tenía un rubio ardiente, denunciador de sangre rica en glóbulos rojos.

Era buen mozo, como los Braganza, pero no tenía los trazos cuadrados ni el aspecto amazacotado de ellos; pero tenía la certeza de que alguno de aquellos debía ser su padre. Necesitaba compulsar fechas. En su deseo de ocultar su monomanía era tímido para preguntar.

Al fin se decidió a ir a ver al magistrado amigo de su abuela. Con el pretexto de la complacencia que le producía ver honrada a su madrina en la Corte de Portugal, preguntó:

—¿Era ya rey don Carlos?

—No. Su padre, Don Luis.

—¿Entonces debe hacer ya mucho tiempo?

—Mucho.

—¿Sería joven doña Catalina?

—Sí; su hija podría tener cinco o seis años. Puede calcularse por ahí, pues es la única edad en que las mujeres no se quitan años.

Trató de ocultar el golpe que recibía. Todo su trabajo era inútil. No podía deber su existencia a aquel viaje de su madre.

Una vieja dama, amiga de doña Catalina, le habló de la hospitalidad que le ofreció a ésta en su castillo. Entonces estaba en la época de su apogeo. Recibía mucha gente. Entre ella se contó aquel año al ilustre general Pankrut, que fué luego ministro de la Guerra. Nadie hubiera creído entonces que aquel hombre de aspecto tan dulce, que se pasaba la vida en el jardín, que la hija de su huésped, fuese después el que encendió tan crueles guerras.

—Ese debe ser mi padre—pensó Guillermo.

Se encontraba los mismos rasgos fisiológicos del ge-

neral ministro. A él le gustaban también las flores, el campo, la dulzura de la égloga; pero tenía energías para obrar como las circunstancias y el bien del país le ordenasen.

Como había ido a Portugal, en busca de retratos de los Braganza, se trasladó a Londres para investigar en la familia Pankrat.

Tuvo que perder mucho tiempo antes de encontrarla y de hacerse presentar. El general había muerto dos años antes, dejando una hija.

—Será mi hermana—pensó Guillermo.

Esta idea le hacía sentir tal atracción hacia miss Pankrat que rondaba los alrededores de la casa como un enamorado.

Al fin, un día logró ser presentado a la dama, gracias a un amigo de su madrina.

Estuvo a punto de lanzar un grito al verse ante una dama de cabellos blancos. Pero le dolía abandonar su esperanza.

—Será la hija mayor—se decía—, el que me lleve treinta años no quiere decir nada. Mi padre era un hombre fuerte. Además, ¿quién sabe? Puede que sea una de esas personas que padecen vejez prematura.

Parcía que la miss se sentía dichosa del interés que le inspiraba. Estuvo amable con él, hasta el punto de llamar la atención de los invitados, y desafió la opinión invitándolo a ir a verla. Al fin, aunque vieja, era miss y no podía librarse de las severas reglas de la sociedad británica.

—Indudablemente, siente como yo la voz de la sangre—pensaba Guillermo.

Al fin, un día acabó por donde debía haber empezado. En un momento en que la presunta hermana se quejaba de no haber alcanzado la época brillante en que su padre dispuso de los destinos de Inglaterra.

—¿Hace mucho que murió?

—Veinticinco años.

No podía ser su padre. Había perdido el tiempo, cuando tan fácilmente pudo desde el comienzo averiguar aquel dato.

Algo desalentado se disponía a dejar Londres, cuando la casualidad lo puso sobre una nueva pista.

Había ido a escuchar una conferencia que daba en el Museo Británico el gran geógrafo inglés Macferland.

No sabía qué sentimiento lo había inducido a asistir a aquel acto. Desde el momento en que apareció en el estrado el conferenciante sintió en el corazón algo raro y extraordinario: un movimiento de atracción y de simpatía. Conforme lo oía hablar y moverse le parecía que no era para él una persona extraña. Sentía, más que la admiración con que el auditorio en masa aplaudía, un sentimiento de amor hacia aquel hombre. Se consideró dichoso cuando el señor que tenía a su lado, conmovido por su emoción, le dijo:

—¿Quiere usted que lo presente?

Costó trabajo llegar hasta el sabio, que con una misma sonrisa para todos, respondía a los efusivos apretones de manos.

Pero, para él, tuvo una acogida especial.

—¿Harlove? Yo conocí mucho a la baronesa..., y a su hija. ¿Cómo están?

—Han muerto.

Le pareció que Macferland se conmovió, y al fin dijo:

—Hace tantos años que yo no las veía. El tiempo pasa en Africa de un modo diferente que aquí. Allí parece que no tiene medida. Que del mismo modo que entre nosotros se le rompe la cuerda a un reloj, y se queda parado, allí es al tiempo mismo a quien se le rompe la cuerda.

Volvió a recobrar su sonrisa y a distribuir frases semejantes entre todos los concurrentes, recordando los nombres de los que le eran presentados, con un alarde de memoria que garantizaba la fidelidad en la descripción de los lugares del Globo que había recorrido.

Guillermo se sentía demasiado feliz para fijarse en eso. —Este hombre es mi padre—pensaba—; ahora no tengo duda. Me lo ha dicho la voz de la sangre y me lo ha comprobado su emoción al verme y al recordar a mi madre. Sin duda lo separó de ella el amor a la Ciencia. Yo lo averiguaré.

Desde entonces Guillermo fué la sombra de Macferland. Se matriculó en el curso que el ilustre sabio explicaba en la Universidad, y lo siguió, como un satélite, a todas las conferencias que se veía obligado a dar en los museos, las Sociedades culturales, y hasta en los salones aristocráticos. Marferland era el hombre de moda, y Guillermo se sentía orgulloso de ser su hijo.

—Prefiero descender de un sabio mejor que de un rey o de un militarote—se decía.

Deseoso de emular a su padre se entregó con ardor al estudio de la Geografía. Tenía todo su cuarto lleno de mapas, esferas, libros e instrumentos. La fe con que trabajaba había llamado la atención del maestro, y comenzaba a distinguirlo entre todos.

—No cabe dudar que es mi padre—pensaba Guillermo—. El lo sabe y me demuestra su cariño, a pesar de su reserva. Yo le quiero como no he querido a ningún hombre y no me separaré de él. Venderé cuanto me queda para acompañarlo a su próxima expedición.

Mirándolo con arrobamiento, mientras explicaba, solía pensar:

—Nos parecemos hasta físicamente. Estoy seguro de que a mi edad era como yo, y de que he de parecer a él cuando pasen los años.

Cuando llegó el tiempo de la expedición, Guillermo hizo presente al maestro su deseo de acompañarlo.

—Pero sabe usted bien todo lo que significa su determinación, joven?—le preguntó él—. Tiene usted que abandonar esta vida europea, tan llena de comodidades. Exponerse a fatigas y peligros, envejecer en ellos pre-

maturamente, renunciar a cuanto constituye hoy su vida. Quizás no volver a ver más a las personas que deja.

Guillermo se sentía próximo a romper a llorar y a abrazarlo. Le parecía que era ahora, al hablarle así, cuando le confesaba su paternidad y su sentimiento de haberlo abandonado.

—Yo no quiero a nadie más que a usted—dijo, por último—. Le suplico que acepte el llevarme consigo. Ya le he dicho que mi madrina y su hija, a las que usted amó tanto, no existen ya.

—Sí; fueron excelentes amigas mías. Doña Catalina era muy buena e inteligente. La pobre sufrió mucho con su marido..., y no lo merecía...; era una mujer bellísima..., y la hija prometía parecersele cuando se convirtiese en mujer.

—¿No la conoció usted entonces?

—No. La última vez que la vi tendría unos diez o doce años.

Se quedó anonadado. En lugar de preparar su equipo para Africa, preparó su viaje a Irlanda, no sin haber vendido antes a un trapero mapas, esferas y demás artefactos.

—No quiero oír hablar más de Geografía—pensaba.

En su búsqueda de padre, con sus viajes y su vida mundana, había dado al traste con los restos de la fortuna de su abuela. Ya había mal vendido el palacio de Londres, y tenía hipotecadas la posesión irlandesa y la casita de la costa bretona.

Pero aún no se curaba de su manía. Esta vez fué la *Diabla* la que la despertó, después de unos meses de reposo, durante los cuales lo absorbió su afición a la Naturaleza.

En una de sus borracheras, la beataca comenzó a maldecir de sus creencias. Estaba indignada por el sermón del pastor de la feligresía contra el alcohol.

—Jesús, Jesús—repetía—, y que aún tengan valor de ser tan poco caritativos. Por fortuna, la gracia de Dios

se parece a las cagarrutas de cabra, como decía el abate, amigo de la señora, y se parecen por todas partes: cagarutitas por aquí, cagarutitas por allá.

Guillermo quiso imponerle silencio.

—Pero si yo no blasfemo, gracias a Dios—dijo ella—. Eso lo decía el abate católico, tan amigo de su madrina.

—¿Y qué abate es ése?

—¿No lo sabe usted? ¡Jesús! Era un cura católico, que habitaba en Bretaña, al lado de la casa de los señores, donde murió la señorita, gracias a Dios.

—¿Conocías tú a ese abate?

—Ya lo creo. ¡Era joven, gracias a Dios, y de lo más salado! Sabía hasta tocar la guitarra. Jesús, y era un personaje. Como que llegó a ser obispo en España, según decía la señora.

—¿Y en qué época fué eso?—preguntó, ya escarmentado de su descuido de las fechas.

—¡Jesús!... Fué el año en que murió la señorita. La quería y lo sintió mucho el buen señor. Era muy simpático. Se fué poco después, y no hemos vuelto a verlo, gracias a Dios. Pero hay un retrato suyo en la casita de Bretaña.

Aquello bastó para que Guillermo emprendiese el camino de su país.

Pasó muchas horas en aquella casita, junto al mar, sintiendo el batir de las olas contra las rocas. Estaba allí la habitación donde había muerto su madre. Todos los recuerdos, su retrato. Aquel no cabía duda de que se le parecía. Era hermosa y triste. Se veía en su rostro la huella del sufrimiento, marcada por la incomprensión de su madre, que condenó su juventud a la soledad. Parecía que sus ojos dulces se animaban al mirarlo. Cuando la contemplaba mucho rato le parecía que el retrato derramaba lágrimas.

—Madre—le decía, como si pudiese entenderlo—. ¿Por qué no me revelas tu secreto?

No le agradaba mucho descender de un cura católico, aunque se hubiese convertido en obispo, pero la mi-

rada del retrato parecía señalarlo. Era un español rubio. Sin duda se le parecía también.

Y entonces vendió las tierras de Irlanda y se marchó a España con unos amigos, empleados del New Banc, que iban a Madrid.

Allí se había sostenido viviendo con la más estricta economía mientras una agencia de informaciones realizaba la búsqueda del padre Pérez, que era ahora monseñor Pérez.

El había descuidado un poco su asunto. Su pasión por el campo y las flores le habían hecho fijarse en el balcón de la vecina. El amor había brotado en su corazón.

—Se conoce que mi padre es español—pensaba—. Me atrae la raza. No he amado hasta que me he enamorado de una española.

Ahora que le hacía su confesión estaba en vísperas de un nuevo viaje. Necesitaba ir a una provincia del Norte de España, en cuyo obispado había aparecido monseñor Pérez.

Pero yo no volveré y tú serás la señora de Pérez, ya que entre vosotros la mujer toma así el nombre del marido y no le pesa ser una cosa suya.

—Eso es natural cuando se ama.

—Ciertamente. Yo quisiera entonces llamarme también Guillermo de Jiménez, como tú. Pero nuestros hijos se llamarán Pérez y Jiménez, o Jiménez de Pérez, como lo deseas tú. Y tendrás tu baronía de Harlove... La fortuna vendrá después. Cuando me rehaga de mi ruina. El tener el nombre es lo principal en la vida.

—Naturalmente.

—No dudaba que lo aprobarías, y hasta que me ayudarías en la búsqueda.

Por fin, una noche Guillermo anunció:

—Debo marcharme mañana.

—¡ Tan pronto!

—¡ Nada habías dicho!

Aunque esperado, el viaje resultaba una sorpresa.

El lo comunicaba como cosa natural. Parecía no alegrarlo ni entristecerlo. Nada alteró en sus costumbres ni en sus conversaciones hasta que, al llegar la hora de marcharse, se acercó a doña Dolores con visible emoción y, como si olvidase el español, murmuró, en inglés, unas frases, y le dió un cariñoso beso.

Luego se volvió hacia Luisa, le tomó la mano, la estrechó con fuerza, y le explicó:

—Tengo la audiencia de mi padre.

Salió sin decir una palabra más.

La madre y la hija se habían quedado desconcertadas.

—No le hemos dado saludos para su familia—dijo la primera.

—Ni ha dicho nada de escribir ni de volver—añadió la segunda.

—Verdaderamente que los ingleses, hasta los más sencillos, son siempre estrambóticos—comentó, como final, doña Dolores.

Aquella noche, Luisa lloró muy callandito, para que no la oyese el vecino, que debía estar allí, tan cerca de ella, y que quizás no durmiese, pues por más que ponía el oído no percibía los ronquidos amigos.

De buena gaan hubiera dado un golpe en la pared para volver a hablarle, pero el pensamiento de que la cirían los demás la contuvo. Sintió esa inmensa tristeza de tener que dominar los impulsos del corazón para cumplir la línea de conducta que su dignidad le imponía.

—Está aquí—pensaba—, puedo llamarlo, decirle que le quiero..., pero no debo hacerlo. Debo dejarlo que cumpla la misión que se ha impuesto.

Y sentía una profunda protesta contra aquellas ideas de que se deben de hacer, o dejar de hacer, las cosas contrariando los impulsos del corazón.

IX

Trataba en vano Luisa de disimular la tristeza que la marcha de Guillermo le producía. Se encontraba tan desamparada, tan sola, como si la hubiese abandonado un compañero de muchos años. Necesitaba hacer un esfuerzo para disimular delante de su madre.

—La suerte es que tengo que trabajar a la fuerza—se decía—, y eso me distrae.

No quería confesarse el enorme vacío que la ausencia de Guillermo dejaba en su alma.

Doña Dolores se alarmaba.

—Trabajas demasiado; estás pálida, adelgazas.

—No tengas miedo, mamá; es el verano.

Al fin, llegó carta de Guillermo. En lugar de hablarle de su vuelta le anunciaba un viaje a Inglaterra: "Monseñor Pérez—escribía—me ha dado la dirección cierta de quién puede comunicarme mi origen. El no fué más que el confidente de mi pobre madre, y no se siente capacitado para revelarme el secreto."

No decía nada más. Le parecía bastante prueba de amor darle aquella noticia.

Luisa sintió una gran decepción. No bastaba para llenar su alma aquel amor a la inglesa.

Se apoderó de ella la melancolía. Algunos domingos, que eran como el día consagrado por los dos, se iba a pasear sola por los lugares que le recordaban a Guillermo.

Parecía que, conforme avanzaba el verano, era más fuerte y más acre el olor de las plantas y de la tierra. Todo llegaba a su madurez y a su floración. Oían to-

dos los árboles: los naranjos, revestidos aún de azahar, los almendros, con la sabrosa carga de las azoñas verdes y cerradas en su cáscara, y las higueras, cuyas brevas comenzaban a rayarse y a gotear miel. Las vides mostraban la ubre de los racimos en agraz entre los pámpanos y los zarcillos que abrazaban los sarmientos nudosos.

Las flores se abrían lozanas bajo los ardores del sol. Los espigones de las dalias, de las cañas folríferas y de los gladiolos, rompían la tierra con la leve lanza de sus tallos blancos y crecían rápidamente.

El riego hacía germinar en la tierra sedienta las semillas del ray-gras, que parecían alfileres, escapados de su estuche y clavados en el suelo con ansias de vida.

En aquel brote general de la Naturaleza no se comprendía que pudieran existir el dolor y la soledad. Estallaba todo en un inmenso amor, en una producción llena de fecundidad.*

Volvía a su casa más cansada, más débil, más enferma. Algunas noches tenía fiebre.

—Es preciso que te diviertas—le decía doña Dolores, sin querer darse por enterada del sentimiento de Luisa—. Sal con tus amigas, distáete cuanto puedas, ya que ahora tienes un mes de vacaciones.

Luisa se proponía tomar el consejo. La atracción poderosa de la vida le hacía desear disfrutarla.

El hacerse dos vestiditos que le sentaban muy bien la distrajo algo. Sentía el halago que tiene el adornarse para la mujer. Por un momento gozó en verse hermosa para ella misma. Después necesitó verse hermosa para el hombre que la interesaba.

Fué en vano el intentar mezclarse a la vida de los demás. Su carácter, ya formado y enemigo de la frivolidad, le hacía insoportable todo aquello que le gustaba a las otras. Temía ser ella demasiado descontentadiza, pero se sentía inadaptable a lo que constituía los placeres de sus amigas.

No se entendía con ellas. Eran otros sus sentimientos, sus creencias y sus ideales. Se le hacían insportables todos aquellos hombres, frívolos y presuntuosos, que estaban siempre en conquistadores; prontos a vejar a todas las mujeres; sin ninguna intimidad y sin nada entrañable.

No se entendía con ninguno como se había entendido con Guillermo. Le parecía que sólo sus dos almas hablaban el mismo idioma.

Cada vez que acudía a su memoria el recuerdo de las conversaciones con sus amigas, en la búsqueda del tipo ideal, le parecía que éste sólo podía ser Guillermo.

Acabó por separarse de todos y volver a emprender su vida de soledad y de labor. Así se sentía más consolada.

De noche, cuando su madre se acostaba, se quedaba sentada junto al balcón, cerca de sus flores y de sus geránecs. Le parecía escuchar chasquidos semejantes a besos, al reventar los brotes nuevos y al abrirse los capullos.

Si miraba al cielo le daba impresión de que florecían también, de que se iban abriendo en el azul de su ramaje, las flores de luz de las estrellas. Le parecía que había mayores profundidades, oscuridades más intensas, entre las que lucían los astros con una luz viva y extraordinaria.

Y entonces se encontraba más sola. Experimentaba el deseo de unirse a aquel concierto de amor, del que se sentía como desterrada.

Una noche, al acostarse, creyó oír al través del tabique, los ronquidos amigos.

Al pronto creyó en la ilusión que le hacía ver a Guillermo tantas veces en la calle, cuando se cruzaba con alguno que le parecía, y a veces con los que no se le asemejaban en nada. Pero la persistencia de los ronquidos impuso la realidad. No le cabía duda de que allí, al lado del tabique, dormía una persona. Ella no pudo

pegar los ojos en toda la noche, y bien temprano salió a regar los geráneos. Al volver la cabeza no pudo contener un grito:

—¡Guillermo!

—Sí. Luisa, cumplo mi palabra de volver a buscarla.

Ella aceptó la afirmación, aunque no recordaba que le hubiese dado ninguna palabra.

Le parecía el joven más triste, algo abatido, pero con un rostro más tranquilo, más reposado, más noble. Sus ojos habían perdido la luz de la obsesión.

—¿Cómo no viniste al llegar?

—Era tarde y tenía molestar a doña Dolores.

—Ven en seguida.

Abrió la puerta, con la alegría de quien da entrada a la felicidad.

—Voy a llamar a mi madre.

—Escucha—dijo él, deteniéndola—. Tenemos que hablar antes. No he venido más que a despedirme.

—¿Qué dices? ¡Ya no me amas!

—No es eso. Precisamente mi amor debe apartarme de ti.

—No comprendo...

—He perdido todo lo que me quedaba en esta búsqueda en que, una afección morbosa, quizás adquirida al lado del lecho de mi abuela, me había empeñado.

—Eso qué importa si tú me amas. Trabajaremos juntos.

—Olvidas que no puedes comprometer así la situación de tu madre. Si te casas conmigo, como España no posee una ley como la *Clave Act*, de Norteamérica, dejarás de ser española y perderás tu destino.

—Es cierto... Pero..., yo no te quiero perder.

—¿Qué remedio!

—Si no puedo ser tu esposa ante el mundo, lo seré ante Dios.

—Luisa... ¿Serás capaz?

—Dé todo, por ti.

—No me atrevía a proponértelo. ¿Sabes lo que te expones a perder en el concepto social?

—Nada me importa si no pierdo en el tuyo.

—En el mío ganas como la más noble y destinteresada de las mujeres, pero tu madre...

—Me quiere lo bastante para desear, ante todo, mi felicidad. No somos nosotros los culpables... Cuando la Ley manda...

Le estrecho las manos con los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias, Luisa. Todo se reduce a ganar tiempo. Yo llegaré a tener una situación en lo que no necesites tu trabajo. Entonces serás mi esposa. Si mi abuela hubiera tenido la ternura tuya, en lugar de su inflexibilidad inglesa, hubiera sido feliz.

—¿Pero has sabido de..., de...

No se atrevía a preguntarle por su padre.

—Sí. Monseñor Pérez me dió la dirección de un amigo suyo de Irlanda, que lo sabía todo. El me ha mostrado a mi padre...; yo lo conocía ya de antes y tanto como creía en la voz de la sangre no sentí palpar jamás mi corazón de ternura en su presencia.

—¿De modo que vive?

—Vive y he asegurado sus últimos días con una renta soñada vivir contigo. Pero no he querido que vaya ta debida a la venta de la casita irlandesa, en la que ha a un asilo. Es una tristeza recluir a los viejos y hacer que se levanten temprano. Los borrachos deben beber hasta su último día. No hay derecho a privarlos de la felicidad.

—No te entiendo.

—Oyeme, para no volver a hablar de esto. Mi padre fué en su juventud un apuesto muchacho. Trabajaba en el jardín de mi abuela. Mi madre estaba siempre sola. Yo nací de los amores aquellos. Doña Catalina, indignada, separó a los amantes. Lo demás ya lo sabes. Mi

madre murió y mi padre se ha convertido en ese tipo de mendigo borracho popular en la aldea.

Y como ella callaba, anonadada por la confesión, Guillermo añadió:

—En eso ha venido a parar mi locura de tener un nombre ilustre. Estás a tiempo, Luisa: No puedo transmitir a nuestros hijos más que el nombre de un mendigo irlandés.

—No hables así, Guillermo. Si pudiera quererte más, esto haría crecer mi amor. ¿Qué importa el nombre ni la nobleza, ante la felicidad?

—Tienes razón, Luisa. Después de todo, el comienzo de los más nobles linajes es casi siempre un aventurero, un bandido o un bastardo. Nosotros continuaremos engrandeciendo nuestra dinastía.

CARMEN DE BURGOS

(Colómbine.)

“El Mejor Libro del Mes”

Esta Asociación, eminentemente cultural, autorizada con los nombres de “AZORIN”, PÉREZ DE AYALA, SALAVERRIA, DIEZCANEDO, BAEZA y SAINZ RODRIGUEZ, señala a sus asociados las obras maestras publicadas en España durante el mes.

Esta Asociación indica cuál es EL LIBRO MEJOR y cuáles son los libros RECOMENDABLES. Esta Asociación, animada por un espíritu de divulgación cultural, facilita EL MEJOR LIBRO DEL MES con un 40 por 100 de descuento sobre el precio de venta al público, y los RECOMENDADOS, con un 30 por 100 sobre el mismo precio.

Dirijase pidiendo prospectos aclaratorios a la ASOCIACION “EL MEJOR LIBRO DEL MES”, Goya, 24, Madrid.

BOLETIN DE ADHESION

Don, con domicilio en, provincia de, calle, número, desea inscribirse como socio en la Asociación “El Mejor Libro del Mes”, mediante el pago de cinco pesetas anuales.

Madrid de de 193...

“El Mejor Libro del Mes”. Goya, 24, Madrid.

Continúa publicando las más famosas obras de la literatura contemporánea al precio de 1,50 volumen.

Volúmenes publicados recientemente:

El espejo de la muerte, Miguel de Unamuno; *Las cerezas del cementerio*, Gabriel Miró; *Los Pazos de Ulloa*, Condesa de Pardo Bazán; *La mujer de sal*, Tomás Borrás; *El chapiro verde*, Juan Pérez Zúñiga; *La mujer de nadie*, José Francés; *El hombre de oro*, Rufino Blanco-Fombona; *La noche mil y dos*, Francisco Camba; *Memorias de un vagón de ferrocarril*, Eduardo Zamacois; *Historia ejemplar y atormentada del caballero con la mano al pecho*, Eduardo Barriero.

C. I. A. P.

Librería Fernando Fe
Puerta del Sol, 15, Madrid

el
libro
para
todos

1,50

**NO DEJE DE LEER
LA ESPLENDIDA E
INTERESANTE NO-
VELA QUE ACABA
DE PUBLICAR**

El Caballero Audaz



**REVELACIONES
DE UN
ESPEJO MUNDANO**

6 DC

CIAP. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.-

469